

El último capítulo lleva por título "Las cuencas, presente y futuro", en el que se hace una reseña del recurso hídrico en cada una de ellas, identificando de paso las amenazas existentes por los manejos inadecuados de distintas actividades económicas.



A mi modo de ver, el libro tiene ciertos pecadillos: la mezcla de un cientificismo innecesario con la superflua inclinación poetizante logra espantar a más de un lector. Ello muestra las dificultades que tienen nuestros autores científicos para divulgar sus conocimientos y atender las necesidades del lector medio que puede tener acceso a este tipo de libros.

El "acuatzaje" en el tema específico resulta, a la postre, tangencial. Habría sido deseable ocuparse más ampliamente de los principales cuerpos de agua del país, con ejemplos verdaderamente detallados e informativos antes que con las generalizaciones que predominan en las tipologías. Extraña la poca mención de las aguas termales, de la niebla, las nubes y los ríos que atraviesan las ciudades colombianas, formas también del agua. Una lista más completa de los principales ríos enriquecería el anexo, que por su pertinencia debería ser más amplio e integrarse al texto.

Si bien se ofrece un glosario, éste no siempre cumple con explicar de manera aceptable y comprensible el término cuya definición se desea. Véase este ejemplo, poco útil para una tarea escolar: "Estuario: complejo de ecosistemas costeros de confluencia de aguas continentales y marinas; las diferentes geoformas litorales que se desarrollan

dependen del balance entre la deposición aluvial y la erosión por corrientes y mareas" (pág. 196). Esta otra definición es clara y precisa: "Eón: unidad de tiempo equivalente a mil millones de años" (pág. 196). Una lista de las especies de animales y plantas acuáticas con su nombre vulgar y científico, y una bibliografía concluyen el volumen.

Sin duda, entre los aciertos más llamativos están las fotografías, que ofrecen tanto acercamientos como vistas panorámicas que acompañan bellamente los temas tratados. Muchas son ricas composiciones abstractas y algunas son memorables por el color y la imagen inédita que revelan, como en el caso de la de los estanques de sal en Galerazamba vistos desde el aire (págs. 12 y 13).

SANTIAGO LONDOÑO VÉLEZ

¿Cuántos idiomas se hablan en Colombia?

Estado actual de la clasificación de las lenguas indígenas de Colombia
Ponencias presentadas en el seminario-taller realizado en el Instituto Caro y Cuervo (febrero 10, 11 y 12 de 1988)

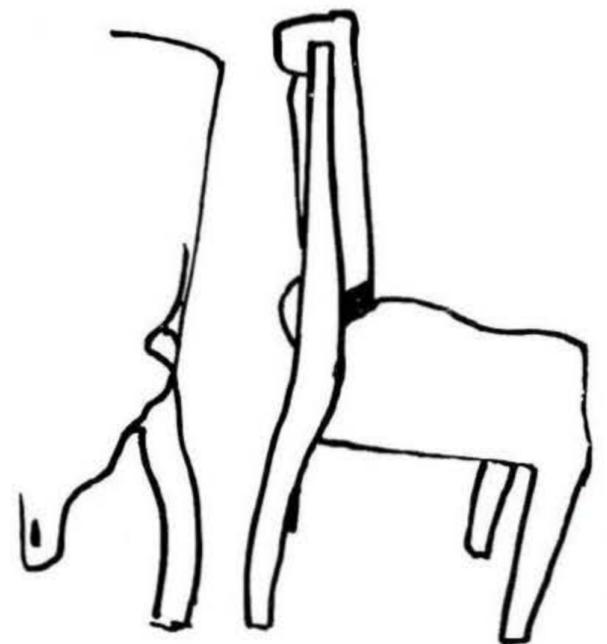
María Luisa Rodríguez de Montes
(compilación y edición)

Instituto Caro y Cuervo, Santafé de Bogotá, 1993, 345 págs.

A raíz del compromiso adquirido por Colombia de contribuir con un estudio de sus lenguas indígenas al Atlas Lingüístico y Etnográfico de la Subregión Andina Indoamericana (proyecto de los países firmantes del Convenio Andrés Bello), y con el objetivo de ofrecer un marco de referencia para la elaboración y evaluación de los diferentes trabajos que integrarían esta obra¹, el Instituto Caro y Cuervo, encargado de coordinar el proyecto, organizó una serie de seminarios, el último de los cuales versó sobre la clasificación de las lenguas indígenas colombianas. Un grupo de eminentes lingüistas de Colombia y del extranjero, cada uno con una larga trayectoria de investigaciones en

el campo de la lingüística comparada de lenguas indígenas suramericanas, disertó sobre las familias lingüísticas quechua, chibcha, arawak, guahíbo, tucano-oriental y chocó. Dos exposiciones sobre temas de orientación metodológica, el saludo de un representante de la Organización Nacional Indígena de Colombia (Onic) y las conclusiones constituyeron otras partes del programa cumplido durante el seminario.

Se observa una constante en la gran mayoría de las ponencias sobre familias lingüísticas: la reserva y la actitud crítica con que se miran clasificaciones anteriores y el llamado a afinar los instrumentos de análisis a fin de que el método comparativo se aplique con base en datos auténticos y fidedignos. Se renuncia a la comparación masiva (*mass comparison*) y a establecer relaciones distantes; se rechaza el método de simple inspección; se censuran las especulaciones e hipótesis sin comprobar. Los ámbitos se vuelven más estrechos ya que el objetivo no puede ser otro que establecer clasificaciones comprobadas. Ante este rigor científico surge la necesidad de "producir en gran número descripciones estructurales detalladas hechas por gente entrenada" (pág. 317). Igualmente se hace resaltar la importancia de recurrir a datos extralingüísticos (históricos, geográficos, de organización social) en el desciframiento de las relaciones genealógicas entre lenguas.

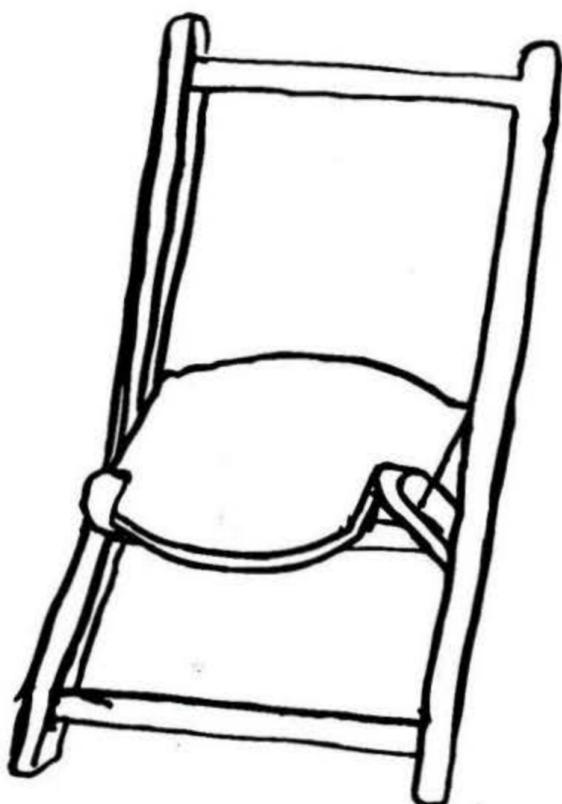


Inicia la serie de conferencias el lingüista Bernard Pottier (Universidad de la Sorbona, París) con algunas reflexiones acerca del estudio tipológico de las

lenguas amerindias, señalando sus logros y deficiencias. Su demostración de que ciertos rasgos tipológicos de las lenguas "exóticas" tienen sus paralelos en las lenguas indoeuropeas nos recuerda la estrecha relación entre la clasificación tipológica y el establecimiento de universales lingüísticos.

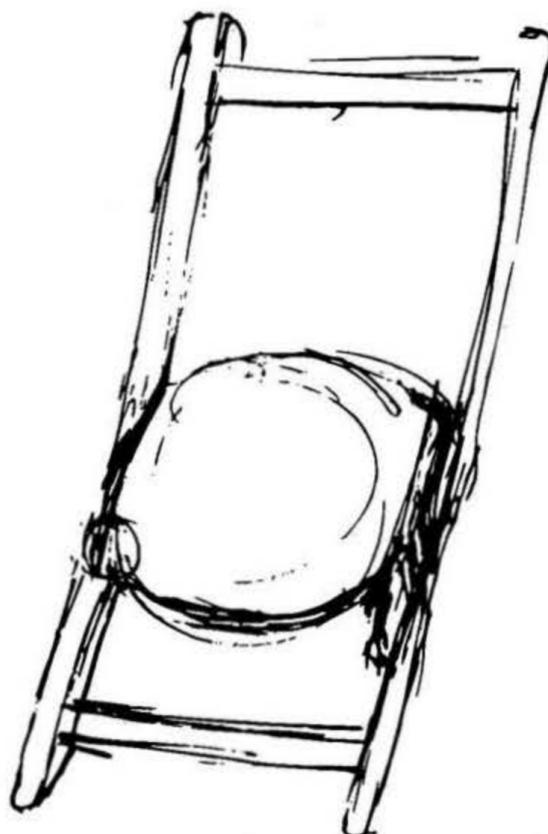
Una larga experiencia en el manejo de cognados, obligatorio en cualquier estudio comparativo, lleva a *Mary Ritchie Key* (Universidad de California, Irvine) a desarrollar un "catálogo" de correspondencias para las lenguas suramericanas. Con base en datos provenientes de lenguas de comprobado parentesco, analiza los espacios fonológico y semántico en busca de relaciones entre sonidos por un lado y rasgos semánticos por el otro.

Alfredo Torero (Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Lima), desde su juventud dedicado con cuerpo y alma a la investigación del quechua, ha logrado aportar muchos nuevos datos al conocimiento de esta familia lingüística. Aquí queremos destacar sólo dos de sus planteamientos: el origen costeño (no cuzqueño) del quechua y la aparición de hablas quechuas en Ecuador y Colombia en una época anterior a la expansión del imperio inca.



Adolfo Constenla Umaña (Universidad de Costa Rica), eminente investigador de la familia lingüística chibcha y enérgico defensor del rigor metodológico, se aparta de las clasificaciones macrochibchas elaboradas por algunos

autores y propone un microfilo payachibcha, que en un primer nivel de separación estaría integrado por la familia chibcha y una serie de cuatro lenguas coordinadas (chimila, barí, térraba y paya).



En las ponencias sobre la familia arawak, a cargo de los lingüistas *David L. Payne* (Instituto Lingüístico de Verano, Perú) y *Esteban Emilio Mosonyi* (Universidad Central de Venezuela) se señalan con amplia información fonológica y gramatical (D. Payne) los logros y las perspectivas en la reconstrucción del protomaipure. Llama la atención la afirmación del profesor Mosonyi de que el arawak es, en el aspecto tipológico, "una de las familias menos marcadas de Suramérica", una familia con un "bajo perfil morfosintáctico", hecho que obviamente dificulta el descubrimiento de relaciones de parentesco, puesto que muchos rasgos típicamente arawaks se encontrarían igualmente en otras familias lingüísticas. Al parecer, exceptúa de esta generalización el rasgo de estas lenguas de pertenecer a las denominadas "lenguas nominativas", para lo cual aduce ejemplos del guajiro y del baniva. Al igual que sus colegas de este seminario, Mosonyi insiste en la necesidad de adelantar estudios sincrónicos exhaustivos de cada lengua individual.

Francisco Queixalos (Centro Nacional de la Investigación Científica, París, y Universidad de los Andes, Bogotá), investigador del guahíbo, sostiene

que la relación entre este grupo de lenguas y el arawak, observada por varios autores, no se debe a un origen común sino que es la consecuencia del contacto entre los dos grupos. Afirma que el guahíbo constituye un grupo lingüístico independiente y presenta su clasificación interna con cuatro lenguas (hitnü, cuiba, sikuani, guayabero), de las cuales el cuiba y el sikuani son las más afines.

De la subfamilia tucano-oriental se ocuparon *Olga Ardila* (Universidad Nacional de Colombia) y *Elsa Gómez-Imbert* (Centro Nacional de Investigación Científica, París, y Universidad de los Andes, Bogotá). Olga Ardila confronta los datos de autores como Koch-Grünberg, Brüzzi Alves da Silva y Arhem con los resultados de su propia observación y plantea quince "variedades lingüísticas tucano-orientales consideradas actualmente como lenguas" (pág. 226). Así mismo, subraya la importancia de investigar el grado de proximidad en que se encuentran estas variedades y su relación con aspectos como la exogamia lingüística y el multilingüismo, tan característicos para los hablantes de esta subfamilia. A la luz de los datos lingüísticos y sociolingüísticos obtenidos en su investigación de las lenguas del río Piraparaná, Elsa Gómez-Imbert pone en entredicho la reconstrucción de la proto-lengua: "Frente a este panorama actual se plantea, en fin, la verosimilitud de un 'prototucano', en una situación donde legítimamente se debe considerar la posibilidad: ¿fisiones y/o fusiones?" (pág. 236).

En cuanto a las lenguas del Chocó, *Mauricio Pardo* (Secretaría de Educación de Antioquia y Codechocó) y *Daniel Aguirre* (Posgrado de Etnolingüística, Universidad de los Andes, Bogotá) refutan con numerosos ejemplos la hipótesis de Rivet respecto de una posible ascendencia caribe de las lenguas chocoes. Los autores postulan el grupo chocó como una familia lingüística independiente que comprende la lengua waunana y seis variantes del embera.

Jon Landaburu (Centro Nacional de Investigación Científica, París, y Universidad de los Andes, Bogotá) resume y amplía a la vez lo expuesto durante el seminario. Destaca la importancia de los estudios tipológicos por áreas, ya

que podrían contribuir a esclarecer algunas relaciones genéticas. Refiriéndose a aquellas familias lingüísticas que no fueron objeto de ponencias durante el seminario (caribe, sáliba, macú-puinave, bora, huitoto), señala el estado actual de los estudios y las tareas más urgentes. Cierra su exposición con un dato interesante y retador: las así llamadas lenguas aislantes —andoque, kamsá, cofán, ticuna, tinigua, yurí— siguen siendo pequeños islotes en el conjunto de los vernáculos del país; hasta la fecha no ha sido posible establecer nexos genealógicos con alguna de las familias lingüísticas representadas en Colombia.

GABRIELE PETERSEN DE PIÑEROS

¹ *Lenguas indígenas de Colombia. Estudio preliminar para un atlas lingüístico*, Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, en prensa.

Eladio de medio cuerpo

Eladio Vélez

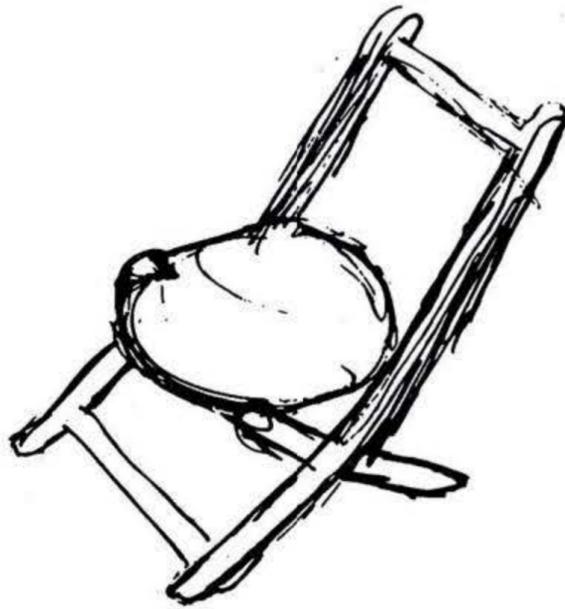
Varios autores

Litografía Especial, Medellín, 1994, 130 págs., ilus.

En los últimos dos años la bibliografía antioqueña registra un auge en la publicación de libros de arte de formato grande. Han aparecido obras sobre Francisco Antonio Cano, el Museo de Antioquia, Jesusita Vallejo, Camilo Isaza, León Posada, Humberto Chaves y Eladio Vélez. A la vez que esto conduce a una revalorización del arte antioqueño, ha significado para la industria editorial de la región el incursionar en un campo anteriormente reservado a las impresoras bogotanas, y en general puede decirse que ha salido airoso de su compromiso, si bien la calidad de ciertas encuadernaciones y la de algunas separaciones de color todavía debe mejorarse.

Desafortunadamente no puede decirse lo mismo de editores y autores. Dos denominadores comunes tienen estas publicaciones: por una parte, ofrecen tex-

tos francamente deficientes en contenido histórico y pobres en calidad literaria; y por otra, la diagramación generalmente no hace justicia a las obras del artista. Se dirá que se trata de un aprendizaje y que éstas son apenas las primeras realizaciones. Pero en una época en que tanto las artes gráficas como la investigación histórica muestran avances notables, esto suena como una simple disculpa para eludir responsabilidades.



Al mismo tiempo que han aparecido los libros, el mercado local de las obras de los artistas publicados ha comenzado a registrar precios en ascenso. El fenómeno hace evidente una de las funciones principales de los libros de arte: valorizar una firma, no importa que la forma y el contenido de las publicaciones sea impropio, lo cual no parece interesarle a casi nadie. El asunto principal es que esté publicado, lo cual parece convertirse en una suerte de garantía. Los libros reciben buena acogida y, aunque varios de ellos no salieron al comercio porque se trata de regalos de empresas, se ha generado algún mercado secundario que revela la sed del medio en materia de ediciones de arte.

Publicado por la alcaldía de Itagüí, el Área Metropolitana y la Escuela de Arte Eladio Vélez de la Sociedad de Mejoras Públicas del mismo municipio, el libro dedicado al pintor Eladio Vélez (1897-1967) no se aparta del perfil antes descrito. Sin duda los patrocinadores y editores hicieron un esfuerzo meritorio, se saca del olvido a un artista antioqueño de cierta importancia y la impresión es de buena calidad. Pero los textos y la concepción gráfica, partes

componentes básicas de la publicación, son deficientes más allá de lo aceptable. A lo largo de las páginas es corriente encontrar obras de pequeño formato ampliadas con exageración y, a su vez, grandes pinturas como los extraordinarios paisajes de 1937 (1,14 x 2,29 m, pág. 117) reducidas a tamaños filatélicos. Adicionalmente se encuentran algunas obras reproducidas innecesariamente dos veces (por ejemplo, *Cortadores de hierba* aparece en las páginas 24 y 96; *Canto al trópico*, en la 24 y la 89).

El libro incluye tres textos y una cronología. El título del primero, escrito por Elkin Alberto Mesa, parece tomado de una página deportiva: "Eladio Vélez, artista formidable". "Formidable" es un adjetivo que se aplica bien a un ciclista. Adjudicárselo al pintor suena a despropósito retórico: no fue gran innovador ni a él se debe un giro extraordinario en la pintura colombiana, lo cual no es ningún demérito, sino una simple realidad. No obstante, el artículo en un principio parece prometedor. Intenta un recorrido cronológico. Señala influencias y hace algunas comparaciones con obras de pintores europeos, lo que constituye posiblemente la mejor parte del ensayo. Posteriormente decae y francamente decepciona cuando se ocupa del pintor una vez regresa a Colombia.

Darío Ruiz, en el artículo "Eladio Vélez, el legado de la visión íntima", aplica su habitual recurso de "poetizar", que consiste en escribir por asociación libre a partir de la obra del pintor. No se arroja allí ninguna luz en materia histórica ni contribuye a la comprensión o disfrute de la obra porque, antes que esclarecimiento, el lector encuentra confusión en lo que resulta ser un deshilvanado capricho subjetivo.

El tercer capítulo estuvo a cargo de un equipo de investigación dirigido por Ana Ligia Pimienta. Es el mejor documentado de los tres textos, y el que más esperanzas despierta. Pero lamentablemente se queda corto y muy incompleto, ya que se desaprovechan materiales de gran interés, como la correspondencia del pintor y entrevistas con personas allegadas a él.

Por último, la cronología, encargada a Jorge Cárdenas, quien fuera alumno de Vélez, cumple a duras penas con